

## XXIII DOMINGO ORDINARIO "C"

7 y 8 de Septiembre de 2019

Cuando Jesús y sus discípulos se dirigían a Jerusalén, él les habla sin rodeos diciéndoles del que elige seguirlo a él tiene su costo— la cruz. Esto no era un sentimiento piadoso. Sus oyentes de inmediato comprendieron las consecuencias de su pronunciamiento. En los tiempos del Imperio Romanos en cualquier gran ciudad, afuera de ellas, se podría encontrar varios postes verticales anclados en el suelo. En un día cualquiera, los transeúntes se enfrentaban con uno o más cuerpos desnudos de criminales convictos que estaban colgados y clavados en una barra transversal de estos postes, formando una cruz, algunos de los cuales quedaban colgados durante días. Esta visión espantosa era utilizada por el gobierno romano para enseñarles una lección— es decir: se espera de todos los ciudadanos un cumplimiento incuestionable de los dictados del imperio; la disidencia o la rebelión en cualquier forma será rápidamente aplastada. Para los oyentes de Jesús y la Iglesia cristiana primitiva, una cruz no era cualquier objeto sentimental u ornamental—por ejemplo: como una joya; o un adorno bordado en los bolsillos de jeans, billetera o cartera (como se usan en hoy día).

Si bien los oyentes de Jesús habrían comprendido su uso de la imagen de la cruz, sus pensamientos probablemente no se habrían enfocado en el significado del tortuoso sufrimiento físico y la muerte (aunque ellos lo entendían bien). Esta escena y las palabras de Jesús ocurrieron *antes* de los eventos de la pasión y muerte de Jesús en la cruz. En su declaración sobre la cruz y de las dos parábolas adjuntas, Jesús dirige a sus oyentes, y a nosotros, a reflexionar sobre el "costo" de ser su discípulo. Jesús expone que llevar su cruz es el precio de asumir voluntariamente la elección de las cargas, y las realidades de una vida comprometida para tratar de lograr el Reino de Dios aquí y ahora; una elección que exige un costo porque tal defensa y acción pueden conducir a una oposición e incluso un rechazo directo de miembros de su familia, compañeros feligreses, compañeros de trabajo y comunidad. Visto a través de los ojos del relato del Evangelio de San Lucas de la vida y la enseñanza de Jesús, significa llevar adelante el ministerio de Jesús, especialmente a través de ver, abogar y servir a aquellos que el mundo pasa por alto; los marginados, los pobres de vida espiritual y de cosas materiales.

La iglesia posee un gran y consistente organismo en la tradición de la enseñanza de la justicia social basada en las Escrituras y elaborada por los santos, papas y obispos a lo largo de los siglos sobre la dignidad y la santidad de la vida humana desde el momento de la concepción hasta la muerte natural. Toda persona humana lleva la huella de la propia vida de Dios, de hecho creados por Él “*Y Dios creó al hombre a su imagen*” (Gn 1:27). Cualquier acto directo y voluntario para destruir la vida humana —asesinato, aborto, eutanasia (el llamado "asesinato misericordioso" o "muerte con dignidad") es un asalto directo a la santidad de la vida humana y la dignidad dada por Dios. Sin embargo, esta enseñanza fundamental de la iglesia *no* se limita a

uno o a unos pocos seleccionados sobre los asaltos a la vida y dignidad humana. Ante los llamamientos para un mayor uso de la pena de muerte, ¿abogamos igualmente por el uso de los medios no violentos disponibles que protegen a la sociedad de aquellos que la podrían dañar, pero que no toman directamente "vida por vida"? ¿Qué se nos exige ser "provida" cuando viene del crecimiento de la retórica racista y de las manifestaciones del grupo supremacista blanca nativo? Si bien es necesario trabajar por las leyes de inmigración que aseguran nuestras fronteras y proveen un lugar seguro y acogedor a quienes huyen de la opresión y la guerra de sus países de origen, ¿a qué se nos llama hacer cuando vemos las imágenes y las condiciones que enfrentan los migrantes y refugiados que ya están aquí en nuestra nación? Ante el aumento de la violencia con armas y que roban el don de vida de nuestros conciudadanos, sus familias y comunidades, ¿qué respuesta daremos a las leyes propuestas que nos protegen, y continúan permitiendo el de poseer armas y del uso legítimos de estas? En los rostros de los pobres, los desamparados, los encarcelados, los adictos, los enfermos mentales, en los medios de comunicación, ¿qué rostro vemos? ¿Cuán dispuesto estoy de arriesgar de dar una respuesta "similar a la de Jesús" en palabras y acciones? ¿Cuánto riesgo estoy dispuesto a correr por el Evangelio, la cruz? ¿Serán solo "pensamientos y oraciones"— como el teólogo y mártir luterano alemán Dietrich Bonhoffer, por su oposición a Adolf Hitler y al gobierno nazi, lo denominó "gracia barata"? No estoy sugiriendo que yo tenga respuestas rápidas y fáciles a estas y otras similares preguntas y situaciones, mucho menos les propongo algunas a ustedes. Como discípulo, yo también luché con mi propia conciencia y a la respuesta del llamado de Jesús de "cargar la cruz".

El Evangelio de Lucas tiene un mensaje central: la misericordia de Dios, en la persona de Jesucristo ofrecida a todos sin excepción. Sin embargo, tiene una condición, nuestra voluntad de soportar el precio de la cruz— hacer de Dios y el Reino el foco principal de nuestra vida. En el camino a Jerusalén, Jesús hoy día nos pregunta a todos si estamos dispuestos a pagar el precio.

Padre Jim Secora